

SOR TERESA DE LOS ANDES

Una santa para Chile

□ Sólo diecinueve años y nueve meses le bastaron a Juanita Fernández Solar para entregarse por completo a Dios

□ "La causa de sor Teresa tiene gran simpatía en el Vaticano", dijeron los sacerdotes encargados del proceso.

La misa del domingo 3 de enero en Los Andes terminó con un hecho fuera de todo programa. Se corrió la voz, entre los fieles, de que junto a ellos se encontraban los dos delegados del Vaticano que venían a buscar mayores antecedentes para el proceso de canonización de sor Teresa de Los Andes.

No alcanzó a finalizar la celebración, cuando éstos se vieron rodeados —al punto de que no los dejaron subir al auto— por cientos de peregrinos y devotos de Juanita Fernández Solar. Cada uno quería testimoniar su afecto y agradecimiento a los favores que, en más de una ocasión, dicha carmelita les había concedido. La emoción de los delegados —según constaron después a ERCILLA— fue inmensa. "Resultó la mejor prueba de lo que andábamos buscando. Los fieles que se acercan a sor Teresa, se acercan a Dios. Esta es la señal más clara de que El obra, por medio de esta carmelita, un verdadero don de Dios, para Chile y por Chile".

Juanita Fernández Solar nació con el siglo: el 13 de julio de 1900. En su casa de calle Las Rosas 1352 la esperaban sus cuatro hermanos mayores y sus padres: Miguel Fernández Jaraquemada y Lucía Solar Armstrong. Un ambiente profundamente cristiano aguardaba a esta pequeña de ojos verdes y pelo rizado que, al menor estímulo, sonreía.

Su vida se desarrolló como la de cualquier otra pequeña de su edad. Verano en Algarrobo, en la hacienda Chacabuco, en Bocalma y Canaán. Jugó y rabió con sus inseparables hermanos y primos y cabalgó hasta cansarse, pues era su gran afición. Pero, poco a poco, fue adquiriendo mayores dosis de cristianismo. Participaba con indisimulada alegría en las misiones, hacía catequesis y postergaba cualquier entretenimiento con tal de asistir al mes de María. Para obtener buena colocación, pedía que la llevaran hasta tres horas antes y esperaba rezando el rosario, sin ninguna muestra de aburrimiento. Pero no todo eran grandes obras. También disfrutaba con las pequeñas: cuando le regalaban dulces, los repartía entre todos sus familiares y no le importaba si al final no quedaba ninguno para ella.

Fue a los seis años de edad cuando se

fortaleció su devoción a Dios y a la Virgen María. Así lo relata en los primeros párrafos de su diario íntimo, dirigido a su directora espiritual del colegio los Sagrados Corazones, la madre Julia Ríos: "Aquí tiene mi vida entera desde que me di cuenta de todo, a los seis años o antes. Yo sufría y el buen Jesús me enseñó a sufrir en silencio y a desahogar en El mi pobre corazoncito".

En 1907 inició sus estudios primarios. Desde ese momento, comenzó a corregir sus defectos para encaminarse hacia la santificación. Y una de las luchas que debió entablar fue contra el hecho de ser la más bonita del curso. Se prohibió el espejo. En un mes, se consumió cinco veces.

Tres años más tarde, el 11 de septiembre de 1910, llega su gran día: el de la Primera Comunión. Pero antes de recibirla prome-

tió modificar radicalmente su carácter, el cual ella misma definía como iracundo, impaciente, flojo, desobediente. Se confiesa y esa misma tarde pide perdón a sus familiares en un gran acto de humildad. "Me acuerdo la impresión de mi papacito, escribe en su diario. Me besó, entonces yo me hincó y llorando le dije que me perdonara todas las penas que le hubiera dado con mi conducta."

Signos como éstos se repiten con frecuencia. Y es que su vocación aflora cada vez con mayor nitidez. Se esfuerza por acercarse a Dios a costa de sacrificios y mortificaciones ("en cuanto sea posible rezaré de rodillas mis oraciones, o en una postura incómoda"). Y así, va experimentando la cercanía de Jesús, al límite de sentirlo tan cerca como un amigo: "anoche me dijo que sufría muchísimo. Y El se reclinó sobre mi corazón y allí lloró".

A los quince años confiesa por primera vez a su directora espiritual, la madre Ríos, su deseo de ser carmelita. Tiempo después, relataría por qué las eligió: "me gustan porque son tan sencillas, tan alegres y porque Jesús debió ser así. La vida de la carmelita consiste en sufrir, amar y rezar. A ello dedicaré mis días".

Pero surgen las dudas. La más importante: su salud. Ya había sido operada de apendicitis y también soportó las paperas,



Sor Teresa de Los Andes: "me gustan las carmelitas porque son tan alegres, tan sencillas"

Una santa para Chile [artículo] M. Isabel Fernández.

AUTORÍA

Fernández, M. Isabel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una santa para Chile [artículo] M. Isabel Fernández. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa